

# El desarrollo reciente en el estudio de los partidos políticos en los Estados Unidos

Howard L. Reiter

**D**esde que los partidos políticos en los Estados Unidos empezaron a ser estudiados empíricamente de manera más o menos rigurosa, esto es, en los años cuarenta y cincuenta, se han dado en ese desarrollo tres tendencias generales de pensamiento que denominaré paradigmas. El presente ensayo consiste en una revisión de dichos paradigmas y en especial del conflicto entre los dos más recientes. El lector deberá tener presente que cualquier intento por reducir a tres paradigmas el acervo de toda la investigación, muy probablemente implique una generalización y simplificación extremas. Llamaré a esos tres paradigmas: el de la estabilidad, el de la decadencia del partido y el de la renovación del partido.

## El paradigma de la estabilidad

Las primeras investigaciones sobre los partidos políticos en los Estados Unidos dieron como resultado un esquema que ha llegado a ser familiar para todo estudioso de la materia. Como señaló Clinton Rossiter,<sup>1</sup> hay siete características notables de esos partidos:

La primera, que existen solamente dos grandes partidos;

Segunda, en los Estados Unidos los otros partidos son notablemente débiles;

La tercera es, parafraseando a Rossiter, la “naturaleza indefinida, servil, regida por el interés, el principio de la evasión y de formación de alianza de los dos grandes partidos”; o bien, en los famosos

<sup>1</sup> Clinton Rossiter, *Parties and Politics in America*, (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1960), chapter 1.

términos de Otto Kirchheimer, estos son partidos "abarca-todo"<sup>2</sup> (*catchall parties*);

Cuarta, los partidos en Estados Unidos están altamente descentralizados, siendo los locales y estatales el eje de acción de la actividad, con lo que en términos de Maurice Duverger, es una forma de organización en "corpúsculos"<sup>3</sup> (*caucus*);

Quinta, hay poca disciplina dentro de los partidos nacionales, especialmente en lo relativo a los asuntos de política pública;

Sexta, los grupos interesados son particularmente importantes, a menudo aun más que los propios partidos;

La séptima y última es que la cultura política en los Estados Unidos es relativamente hostil a los partidos y despolitizada, especialmente al compararla con otras naciones.

Además de estos estudios de los partidos como instituciones, la investigación más innovadora de los cuarenta y los cincuenta se centró en encuestas sobre el electorado. Los descubrimientos coinciden con los estudios de los partidos. El trabajo de Bernard Berelson y sus colegas de la Universidad de Columbia,<sup>4</sup> así como de Robert Alford,<sup>5</sup> demostraron que el vínculo entre la clase social y el voto en los Estados Unidos era considerablemente más débil que en otras naciones industrializadas avanza-

das. Más aún, los estudios de Angus Campbell y sus colegas de la Universidad de Michigan<sup>6</sup> demostraron que en los Estados Unidos a menudo los votantes no votan por los candidatos del partido con el que tienen una afinidad psicológica. Dicha afinidad, que denominaron "identificación de partido", se convirtió en el enfoque de sus estudios y de la mayoría de las investigaciones subsecuentes sobre el electorado de los Estados Unidos. Sostuvieron que la identificación de partido es un elemento bastante estable de la propia identidad política que se forma durante la socialización temprana. De 1952 a 1964, aproximadamente el 75 por ciento del electorado se identificó con alguno de los grandes partidos, y otro 14 por ciento dijo que se "inclinaba" por algún partido. El modelo de conducta electoral era, por lo tanto, estable.

Los estudios sobre los partidos políticos en el Congreso ilustraron un patrón similar. Los partidos no estaban organizados como los núcleos rígidamente organizados de los parlamentos europeos, sino en confederaciones flexibles. De 1954 a 1966, poco menos de la mitad de los votos en el Congreso mostraron una mayoría de demócratas votando por una opción y una mayoría de republicanos por la otra. En esa época, el miembro común del Congreso votó por su partido solamente un 79 por ciento de las veces.

Los politólogos que optaron discutir la relevancia de estos estudios, describieron a los partidos políticos de los Estados Unidos como productos del orden constitucional, que en sí mismo, es descentralizado y no muy cohesivo. Además, por su natu-

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 37; Otto Kirchheimer, "The Transformation of the Western European Party Systems", in Joseph LaPalombara and Myron Weiner, eds., *Political Parties and Political Development*, (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1966), pp. 177-200.

<sup>3</sup> Maurice Duverger, *Political Parties*, translated by Barbara and Robert North (New York: John Wiley, 1963), pp. 1-3.

<sup>4</sup> Bernard R. Berelson, Paul R. Lazarsfeld, and William N. McPhee, *Voting*, (Chicago: University of Chicago Press, 1954).

<sup>5</sup> Robert R. Alford, *Party and Society*, (Chicago: Rand-McNally, 1965).

<sup>6</sup> Angus Campbell, Philip E. Converse, Warren E. Miller, and Donald E. Stokes, *The American Voter*, (New York: John Wiley, 1960).

raleza, los partidos contribuyeron a perpetuar el orden constitucional. Según Morton Grodzins, “el sistema de partido actúa primordialmente para fomentar la descentralización en el gobierno”.<sup>7</sup> Por ello, en comparación con otros partidos políticos de otras partes del mundo, los de Estados Unidos resultaron lo que Grodzin denominó “anti-partidos”, y él utilizó el término de manera aprobatoria. Los defensores del sistema de partidos, alabaron su naturaleza voluntariosa y su pragmatismo. Tal vez quien criticó más abiertamente los partidos fue E. E. Schattschneider, quien escribió que la constitución hace “imposible el surgimiento de un gobierno de cámara responsable, y de todo aquello que dicho gobierno de cámara responsable pueda implicar, en términos de un gobierno de partido”.<sup>8</sup> Los críticos escribieron que muy a menudo el sistema produce estancamiento y parálisis.<sup>9</sup> He expuesto en alguna otra parte que un sistema de partidos así era idealmente adecuado para sostener un orden capitalista liberal: los partidos no están ligados ni a una clase ni a una ideología, de manera que no pueden tener un papel en la lucha de clases o retar al régimen existente.<sup>10</sup>

Sin embargo, por debajo de esas disputas había un profundo consenso de que el sistema de par-

tidos era muy estable debido a su carácter difuso. Se han dado cambios con el tiempo, pero éstos generalmente tomaron la forma de una “realineación”, y constituyeron periodos relativamente breves de gran volubilidad a los que precedieron nuevos periodos de estabilidad.<sup>11</sup>

### El paradigma de la decadencia del partido

Para finales de los sesenta había signos de que el patrón de estabilidad había comenzado a corroerse. El respetado periodista David Broder produjo un libro en 1971 con el título *El partido se ha acabado*,<sup>12</sup> (*Party's Over*) y el politólogo Martin Wattenberg escribió más tarde uno de sus libros académicos sobre el tema, titulado *La decadencia de los partidos políticos americanos*.<sup>13</sup> (*The Decline of American Political Parties*). El politólogo que ha examinado estas tendencias en un contexto teórico más rico, Walter Burnham, escribió en 1970 acerca de “la progresiva marcha del partido hacia su descomposición”.<sup>14</sup> ¿En qué se basaron tan malos augurios?

Había numerosos signos de que la masa votante se estaba alejando de los partidos. De 1960 a

<sup>7</sup> Morton Grodzins, “American Political Parties and the American System”, *Western Political Quarterly*, XIII (December 1960), 993.

<sup>8</sup> E. E. Schattschneider, *Party Government*, (New York: Rinehart, 1942), p. 126.

<sup>9</sup> “Toward a More Responsible Two-Party System”, Supplement, *American Political Science Review*, XLIV (September 1950); and James McGregor Burns, *The Deadlock of Democracy*, (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1963).

<sup>10</sup> Howard L. Reiter, *Parties and Elections in Corporate America*, (New York: St. Martin's, 1987).

<sup>11</sup> Bruce Campbell and Richard J. Trilling, eds., *Realignment in American Politics*, (Austin, Tex.: University of Texas Press, 1980); and Jerome M. Clubb, William H. Flanigan, and Nancy H. Zingale, *Partisan Realignment*, (Beverly Hills, Calif.: SAGE Publications, 1980).

<sup>12</sup> David S. Broder, *The Party's Over*, (New York: Harper & Row, 1971). The word “party” in English also means social gathering.

<sup>13</sup> Martin P. Wattenberg, *The Decline of American Political Parties 1952-1984*, (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1986).

<sup>14</sup> Salter Dean Burnham, *Critical Elections and the Mainsprings of American Politics*, (New York: W. W. Norton, 1970).

1980 en Estados Unidos se dio el más grande descenso continuo en el porcentaje de personas que votaron.<sup>15</sup> Para 1980 apenas la mitad del electorado potencial votaba en las elecciones presidenciales, y en otros años apenas un tercio en las elecciones para el Congreso. El porcentaje del electorado que se identificaba con los partidos políticos disminuyó de un 75 a un 65 por ciento a finales de los sesenta y setenta, y los llamados partidos “independientes” aumentaron de un 22 a un 33 por ciento en ese mismo periodo. De finales de los cincuenta a finales de los setenta<sup>16</sup> las encuestas de opinión pública que investigaban la opinión que la gente tenía sobre los partidos en general mostraron una dramática tendencia hacia las actitudes antipartidistas. Wattenberg ha demostrado que el porcentaje de las personas que no tenían algo que decir, positivo o negativo, sobre alguno de los partidos, aumentó de un 17 a un 33 por ciento.<sup>17</sup> Había un agudo incremento en la llamada “división de boletas”, es decir, la tendencia de votantes que optaron a la vez por candidatos demócratas para algunos cargos y republicanos para otros. El electorado se hizo más inestable con el tiempo, con más votos a favor de los demócratas en un año, y el siguiente a favor de los republicanos, o viceversa. También había algunas evidencias de que los votantes eran más propensos a apoyar candidatos independientes u opositores, como George Wallace en la campaña presidencial de 1968 o John Anderson en la de 1980. Como ha-

bía menos candidatos de este tipo, obtuvieron más votos que en otros años anteriores.

Las organizaciones de los partidos también parecían ser más débiles. Existe suficiente evidencia anecdótica de esto a nivel local, por ejemplo la Organización Democrática del condado Cook en Illinois. Por mucho tiempo fue considerada como una de las organizaciones locales más fuertes; cuando su líder, el alcalde de Chicago Richard J. Daley, murió en 1976, el aparato se desmembró y ahora se encuentra en gran desorden. En general, los candidatos se apoyan cada vez menos en sus propias organizaciones de partido para realizar sus campañas, en cambio se valen de instituciones y procesos alternativos: consultores de campaña profesionales que venden sus servicios independientemente del partido que se trate, grupos interesados que han llegado a ser la fuente de financiamiento más importante, así como la televisión como medio para llegar directamente a los votantes sin tener que pasar a través de la organización del partido.<sup>18</sup> Los cambios en la legislación federal han otorgado el financiamiento económico de las campañas directamente a los candidatos presidenciales, y a los grupos interesados les han permitido jugar un papel más importante en las campañas del Congreso. Los vínculos menos estrechos entre los candidatos y los partidos se reflejan en el número de altos funcionarios públicos que cambian de partido —un número muy reducido desde luego, pero mayor de lo que se observa—. Las élites partidistas han perdido mucho de su control sobre el reclutamiento político de la institución

<sup>15</sup> Howard L. Reiter, “Why Is Turnout Down?”, *Public Opinion Quarterly*, XLIII (Fall 1979), 297-311.

<sup>16</sup> For details about the trends discussed here, see Reiter, *Parties and Elections*, especially chapter 3.

<sup>17</sup> Wattenberg, *Decline of American Political Parties*, p. 156.

<sup>18</sup> Larry J. Sabato, *The Rise of Political Consultants*, (New York: Basic Books, 1981).

para las elecciones primarias. Las nominaciones presidenciales se han transformado en las últimas décadas y los dirigentes de los partidos ya no tienen poder de decisión para escoger a los precandidatos en las convenciones nacionales. Es difícil imaginar que a un Jesse Jackson o aun, a un Michael Dukakis —ninguno de ellos blanco protestante— se le hubiera dado una oportunidad seria en otros tiempos, cuando los dirigentes controlaban el proceso.<sup>19</sup>

Por último, los funcionarios gubernamentales parecen comportarse menos de manera partidista. El porcentaje de votos partidistas en el Congreso disminuyó de un 46 a un 38 por ciento en los setenta, y el porcentaje de veces que un miembro promedio del Congreso apoyó a su partido bajó de un 79 a un 73 por ciento. Los presidentes se vieron cada vez más independientes de sus partidos: Dwight Eisenhower y Jimmy Carter tuvieron un récord muy bajo de partidismo, y aun Lyndon Johnson y Richard Nixon, que habían sido devotos partidarios, lo fueron en menos proporción cuando estuvieron en la Casa Blanca. Los derrumbes de sus victorias electorales ocurrieron después de campañas en las que deliberadamente acallaron sus vínculos con el partido.

Todas estas tendencias llevaron a muchos politólogos a pensar que en vez de *re*-alineación, deberíamos discutir la *des*-alineación —esto es, el desprendimiento de los sistemas políticos de ambos partidos—. La diferencia entre la realineación y la desalineación puede ser concebida como un pueblo en el que hubiera dos iglesias. Cada una está tratando de convertir a los creyentes de la otra; eso

sería una realineación. En vez de que eso suceda, la gente del pueblo decide ser atea. Esto sería la desalineación.

El fenómeno de la desalineación ha tenido una feliz consecuencia, ya que ha llevado a los politólogos de los Estados Unidos a renovar su apreciación de la importancia de los partidos políticos. Los politólogos conservadores temen que la desalineación repercuta en la estabilidad política; los liberales temen que los partidos dejen de ser un vínculo entre la opinión pública y la política pública; los radicales temen que los obreros y las clases bajas no tengan un vehículo político para expresar sus intereses, y señalan el hecho de que el aumento de la disidencia se ha concentrado en los votantes de las clases bajas. Asimismo, si los partidos estables apoyan el orden capitalista y constitucional, algunos como Burnham, se han preguntado si dichos órdenes podrían estar en peligro.<sup>20</sup>

### El paradigma de la renovación del partido

En años recientes, algunos politólogos han cuestionado si la decadencia del partido debe ser el paradigma con el cual tengamos que concebir los partidos políticos de los Estados Unidos. Algunos opinan que lo de la decadencia fue una exageración; otros dicen que sí ocurrió pero que se ha revertido; otros más afirman que en algunos aspectos los partidos se encuentran más fuertes que nunca. Si el título más llamativo del paradigma de la decadencia fue *El partido se ha acabado* de David Broder, en cambio

<sup>19</sup> Howard L. Reiter, *Selecting the President*, (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1985).

<sup>20</sup> See Burnham, *Critical Elections*; Walter Dean Burnham, *The Current Crisis in American Politics*, (New York: Oxford University Press, 1982); and Reiter, *Parties and Elections*, chapter 4.

ahora vemos títulos de libros tales como *El partido continúa*<sup>21</sup> (*The Party Goes On*) de Xandra Kayden y Eddie Mahe, y *El partido apenas comenzó*,<sup>22</sup> (*The Party's Just Began*) de Larry Sabato. ¿Cuál es su evidencia?

Hay algunos indicios de que el éxodo partidario de los votantes ha cesado. En 1984, por primera vez desde 1960, hubo un incremento en los resultados de las elecciones presidenciales sobre los años anteriores. Desde luego, el incremento fue de menos del uno por ciento, pero de todas maneras es un aumento. En los ochenta no hubo más disminución en el porcentaje de personas que se identifican con un partido político, tampoco hubo un mayor porcentaje de aquellos que no tenían algo bueno o malo que decir sobre alguno de los partidos, ni tampoco aumentó la división de boletas. Uno de los partidos, el republicano, incluso comenzó a incrementar la cantidad de su apoyo por parte del electorado, y ganó el control del Senado de los Estados Unidos por primera vez desde principios de los cincuenta.

En lo que respecta a la organización de partido, hay una evidencia más poderosa sobre el incremento de la fuerza de los partidos. Este es el resultado de las investigaciones más novedosas en los últimos tiempos, y se trata del esfuerzo de un equipo de politólogos por desarrollar la medición empírica para evaluar la fuerza de la organización de los partidos. John Bibby, Cornelius Cotter, James Gibson y Robert Huckshorn<sup>23</sup> son quienes dirigen esta

<sup>21</sup> Xandra Kayden and Eddie Mahe, Jr., *The Party Goes On*. (New York: Basic Books, 1985).

<sup>22</sup> Larry J. Sabato, *The Party's Just Begun*. (Glenwood, Ill.: Scott, Foresman, 1988).

<sup>23</sup> Cornelius P. Cotter and John F. Bibby, "Institutional Development of Parties and the Thesis of Party Decline", *Political*



Gerardo Aguilar

*Science Quarterly*, XCV (Spring 1980), 1-27; John F. Bibby, "Party Renewal in the National Republican Party", in Gerald M. Pomper, ed., *Party Renewal in America*. (New York: Praeger, 1981), pp. 102-115; James L. Gibson, Cornelius P. Cotter, John F. Bibby, and Robert J. Huckshorn, "Assessing Party Organizational Strength", *American Journal of Political Science*, XXVII (May 1983), 193-222; and Cornelius P. Cotter, James L. Gibson, John F. Bibby, and Robert J. Huckshorn, *Party Organizations in American Politics*. (New York: Praeger, 1984).

alternativa. Bibby y sus colegas concluyen que el Estado y los partidos nacionales, especialmente el Republicano, poseen una fortaleza sin precedentes y que el sistema de partidos está más nacionalizado que nunca.

El Comité Nacional Republicano fue el primero en este caso, particularmente a finales de los setenta, con el liderazgo de su secretario William Brock. En este periodo se introdujeron muchos cambios, tales como:

1. La duplicación del número de dirigentes;
2. La triplicación de su presupuesto, en dólares contantes;
3. La recaudación de fondos por correo, que produjo un 80 por ciento del presupuesto;
4. El apoyo financiero a los partidos estatales;
5. La ayuda para recaudar fondos a nivel estatal; incluyendo a cuatro directores financieros regionales;
6. Ayuda a los partidos estatales con respecto al padrón electoral;
7. La asesoría de organización a los partidos estatales, incluyendo el pago de los directores organizacionales de éstos;
8. El reclutamiento de candidatos para puestos públicos;
9. La capacitación de candidatos y directores de campaña;
10. La coordinación de las finanzas por todo el país;
11. La designación de aproximadamente quince directores políticos regionales;
12. Hacer accesibles las computadoras para los partidos estatales con una tarifa baja;
13. Enviar comisiones especializadas a algunos estados en particular;

14. Crear una nueva división para las elecciones locales, lo cual es importante para el partido nacional, ya que las legislaturas fueron las que delimitaron las fronteras de los distritos para el Congreso;

15. Seleccionar ciertas elecciones para darles más apoyo;

16. Coordinar las contribuciones de los grupos interesados;

17. Obtener publicidad para el partido a nivel nacional;

18. Hacer proselitismo para mítines estatales;

19. Organizar campañas telefónicas;

20. Compartir información con partidos estatales;

21. Instruir a los candidatos sobre asuntos políticos;

Los demócratas han estado tratando de seguir el ejemplo de los republicanos, primordialmente al incrementar su recaudación de fondos.

En principio, los partidos nacionales podrían ganar control sobre los candidatos y sobre los partidos estatales a través de la ayuda económica y servicios que les otorgaran. Los candidatos y los funcionarios públicos comprometerían su lealtad. Hay indicios de que esto ha sucedido en algunos casos. Por ejemplo, al proveer información a los candidatos en asuntos de materia política, los partidos nacionales pueden empezar a influir sobre el contenido ideológico de una campaña y promover mayor unidad en el partido.<sup>24</sup> En 1982 un alto funcionario del Comité Nacional Republicano logró que dos miembros importantes del Congreso apoyaran al

<sup>24</sup> Kayden and Mahe, *The Party Goes On*, p. 187; Sabato, *The Party's Just Begun*, p. 99.

presidente Reagan en una votación importante, prometiéndoles apoyo en sus campañas.<sup>25</sup> Sin embargo, no se ha extendido mucho este tipo de táctica.

Aparentemente los partidos estatales también están fortaleciéndose, especialmente los republicanos. Esto se debe en parte al incremento de apoyo que los partidos reciben del Comité Nacional. En general, los partidos estatales están involucrándose más en los censos de opinión pública, en la capacitación de los candidatos y directores de campaña, y en la coordinación con los grupos interesados; están tratando de tener altos dirigentes de tiempo completo, secretarios de partido, asalariados, más esfuerzos por movilizar al electorado y mejores formas de relaciones públicas.<sup>26</sup> Existe menos consenso entre los estudiosos acerca de que las organizaciones locales se han hecho más fuertes o más débiles. Esto se debe en parte a que hay miles de organizaciones de partido locales y las limitantes de la investigación son obvias.<sup>27</sup>

Los simpatizantes del paradigma de la renovación también consideran a los funcionarios públicos. En los ochenta, han habido en el Congreso más votos partidarios que en ninguna otra etapa anterior desde los cincuenta. También la lealtad al partido por parte del miembro promedio del Congreso se

ha mantenido estable. Hay ciertos indicios de que las organizaciones de partido se han hecho más firmes en el Congreso. Los demócratas en la Cámara de Representantes han destituido a algunos presidentes de comité y han logrado castigar a ciertos miembros que trabajaban con demasiada parcialidad hacia los republicanos. En la Casa Blanca hubo un presidente que impuso un programa partidario e ideológico. El señor Reagan, cuando estaba postulado para presidente en 1980, tuvo una asamblea en el Capitolio a la que asistió una gran cantidad de candidatos republicanos al Congreso, y juntos prometieron fidelidad a la plataforma del partido republicano.

¿Están en lo correcto los simpatizantes de la renovación del partido? ¿Fue prematuro lo que se dijo sobre la decadencia del partido? ¿Los Estados Unidos ha estado en un proceso de *re*-alineación y no de *des*-alineación después de todo?

### ¿Se han renovado los partidos?

Se pueden formular muchos argumentos en contra de la escuela de la renovación del partido.

En primer lugar, algunas tendencias simplemente se han nivelado. Ultimamente no ha habido una disminución en la fuerza de la identificación de partido ni en la división de boletas ni en la fidelidad partidaria en el Congreso. No obstante, el nivel de esos indicadores todavía está lejos de igualarse a aquellos que había en los cincuenta y principios de los sesenta. El efecto neto aún corresponde a una decadencia del partido.

En segundo, nadie ha dicho que la decadencia del partido signifique que los partidos desaparecieran totalmente. La estabilización de esos indicado-

<sup>25</sup> "How Reaganites Push Reluctant Republicans To Back Tax-Rise Bill", *Wall Street Journal*, August 18, 1982.

<sup>26</sup> Gibson *et al.*, "Assessing Party Organizational Strength", pp. 198, 211; Advisory Commission on Intergovernmental Relations, *The Transformation in American Politics*, (Washington: Advisory Commission on Intergovernmental Relations, August 1986), pp. 111-123.

<sup>27</sup> Cotter *et al.*, *Party Organizations*, pp. 51-56; Kayden and Mahe, *The Party Goes On*, p. 109; Sabato, *The Party's Just Begun*, pp. 94-98.

res puede deberse a que existe un fondo del que ni los partidos más débiles pueden caer. Finalmente, existen muchos factores lógicos y legales que conservan al partido. Tal como Duverger escribió hace muchos años, en los Estados Unidos, así como en otras partes, el sistema de miembros únicos por distrito en el Congreso es un sostén poderoso del sistema bipartidista.<sup>28</sup> Sólo en el caso de que se revertieran estas tendencias, podríamos decir que la decadencia del partido fue temporal.

Pocos miembros y presidentes de comité del Congreso han sido castigados. En algunos casos, dichos presidentes renunciaron por motivos personales y no por disidencias ideológicas. Aun cuando ciertamente el Presidente Reagan ha sido más partidista que algunos de sus predecesores, su campaña fue como las de Nixon y Johnson. Tal como Theodore Lowi planteó, su campaña fue "*partidaria* sin estar en el *partido*".<sup>29</sup> Además parece ser que el discurso de Reagan es más personal que partidario y que no ha fortalecido más al partido Republicano o a la ideología conservadora en la política americana que cuando fue elegido por primera vez.

Los argumentos más convincentes de los defensores de la renovación del partido se refieren a las tendencias que presenta la fortaleza de los partidos, que Bibby y sus colegas descubrieron. Para sostener su posición, ellos admiten que en el problemático panorama del electorado, las tendencias de la renovación del partido indudablemente parecen coincidir con las de la decadencia del partido.<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Duverger, *Political Parties*, pp. 216-228.

<sup>29</sup> Theodore I. Lowi, *The Personal Presidency*, (Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 1985), p. 78 (emphasis his).

<sup>30</sup> Cotter and Bibby, "Institutional Development of Parties", 26-27; Gibson *et al.*, "Assessing Party Organizational Strength", 217; Cotter *et al.*, *Party Organizations*, pp. 157-168.

Quizás haya una solución clara para dicha problemática. Los fenómenos que estos autores describen muestran que paradójicamente, las organizaciones de los partidos se están adaptando a la era de los partidos débiles. Gran parte del apoyo de los comités nacionales y estatales es proporcionado directamente a los candidatos y no a las organizaciones locales o estatales del partido. Esto simplemente perpetua la separación entre los candidatos y sus partidos. Mucho de este apoyo está destinado a hacer transmisiones por televisión y a coordinarse con los grupos interesados. Los grupos interesados han sido beneficiarios de la renovación, y probablemente la renovación de éstos ha sido mayor que la del partido mismo. Incluso algunas de las nuevas organizaciones poderosas están centradas en sus candidatos, como Jesse Helm en el aparato conservador Republicano de Carolina del Norte y el liberal Demócrata Waxman-Berman en el de Los Angeles.

Por último, el que uno quede convencido con los indicadores de la renovación del partido depende de cómo se entienda lo que debe ser un partido. Si aceptamos la descripción de Joseph Schlesinger sobre el partido como "un grupo organizado para obtener control del gobierno, ganando la elección de un puesto público a nombre de dicho grupo",<sup>31</sup> entonces a partir de ese criterio reduccionista, los partidos en los EEUU probablemente sí sean más fuertes, por lo menos con respecto a su estrecho aspecto organizacional. En cambio, si optamos por la afirmación de Xandra Kayden y Eddie Mahe de que "los partidos existen principalmente con el propó-

<sup>31</sup> Joseph A. Schlesinger, "The New American Political Party", *American Political Science Review*, LXXIX (December 1985), 1153.

---

sito de influir en la política pública”,<sup>32</sup> podríamos concluir que los partidos en los EEUU no son más fuertes en ese sentido. Esas nuevas formas organizacionales pueden estar perpetuando y aun incrementando la incoherencia política del sistema de partidos.

Kayden y Mahe expresaron su concepción sobre el futuro de las campañas de los EEUU, con menos voluntarios, más dinero y más televisión. El resultado, afirman, es mayor pasividad por parte de los votantes.<sup>33</sup> ¿Es esto lo que quieren decir titu-

lando a su libro *El partido continúa?* Si es así, están describiendo la política alienadora del capitalismo tardío, la antítesis del verdadero significado de un gobierno de partidos.

Tal vez la respuesta está en las palabras de Larry Sabato: “Sin un apoyo profundamente enraizado en el pueblo, los partidos podrán convertirse en una agencia superlativa de servicios para los candidatos, pero no podrán llevar a cabo algunas de sus funciones esenciales para la sociedad, ni asumir un papel en la vida política de nuestro país”.<sup>34</sup> 🙌

<sup>3</sup> Kayden and Mahe, *The Party Goes On*, p. 7.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 190-203.

<sup>4</sup> Sabato, *The Party's Just Begun*, p. 2.